

MANXA

REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA



GRUPO LITERARIO «GUADIANA»

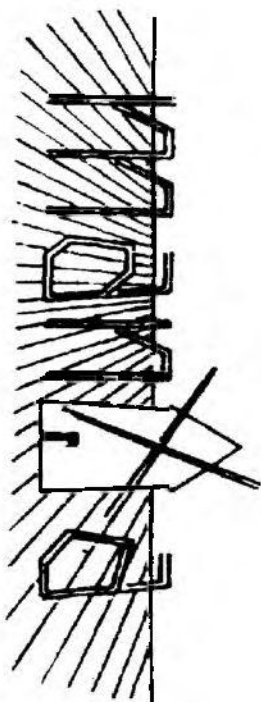
CIUDAD REAL

NÚM. XLI
2ª ÉPOCA

VERANO-OTOÑO 2010

ESPAÑA

GUADIANA - GRUPO LITERARIO



MANXA

Revista de creación literaria

Fundada en 1975

NÚMERO XLI – SEGUNDA ÉPOCA
VERANO - OTOÑO – 2010**Edita:**

GRUPO LITERARIO GUADIANA

C/ Los Infantes, 28

13003 CIUDAD REAL

Patrocina:EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE CIUDAD REAL**Director:**

EUGENIO ARCE LÉRIDA

Coordinador:

ESTEBAN RODRÍGUEZ RUIZ

Consejo de Redacción:

JERÓNIMO ANAYA FLORES

MARI CARMEN MATUTE RODERO

JUANA PINÉS MAESO

ELISABETH PORRERO

SANTIAGO ROMERO DE ÁVILA

Imprime:

IMPRESA PROVINCIAL

Ronda del Carmen, s/n

Ciudad Real

D.L. CR – 208 – 1975

MANXA considerará todos los trabajos que le sean remitidos para su publicación; pero no mantendrá correspondencia con sus autores ni se comprometerá a su devolución.

Las ideas expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores.

En las páginas de *MANXA* se procurará acusar recibo de los libros y revistas que se reciban.

Los trabajos, con una extensión máxima de 50 versos o 3 folios para prosa, escritos en letra Times New Roman 12 p. a un espacio, se enviarán a revistamanxa@hotmail.com

No se considerarán los trabajos enviados que no cumplan estos requisitos.

PARA LA LIBERTAD

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espumas mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

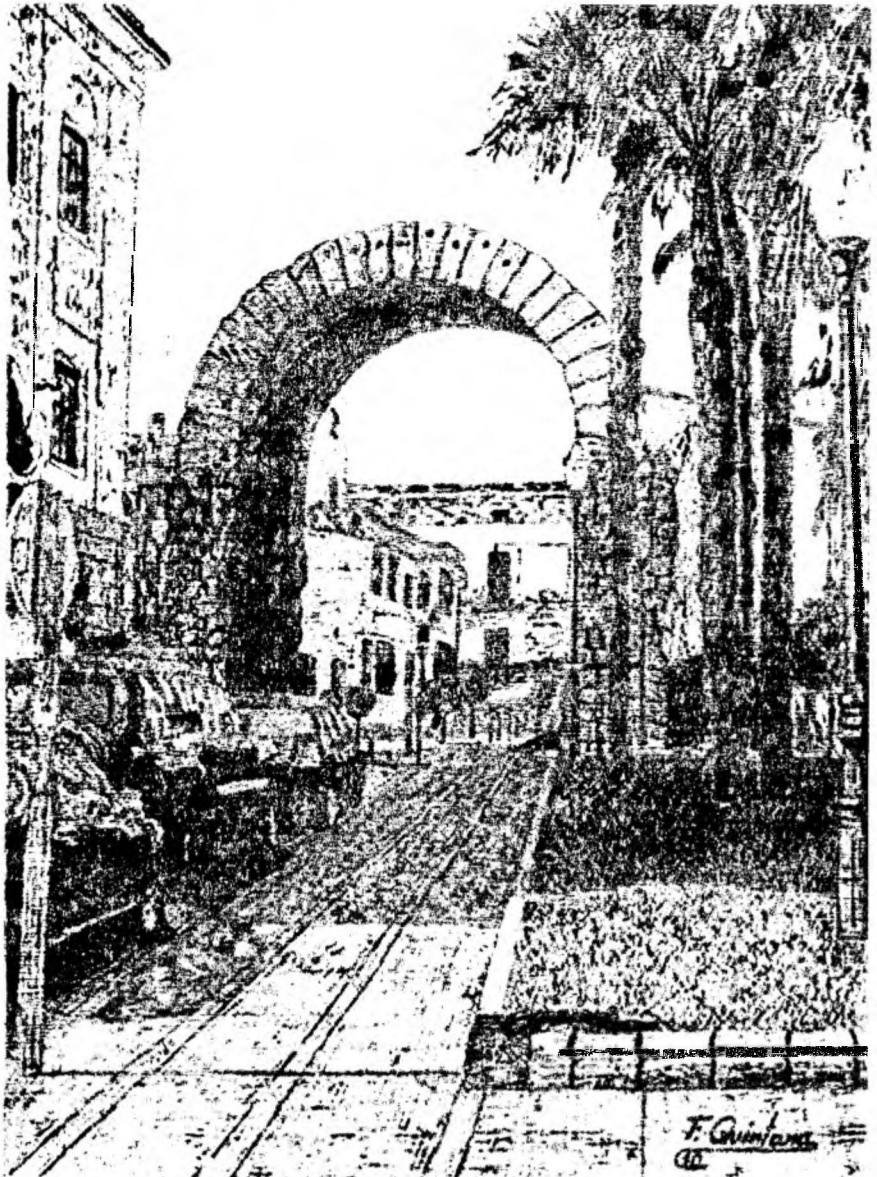
Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

Miguel Hernández

P O E S Í A



Mérida

NIDOS INTERIORES

LOS NIDOS INTERIORES de tus blusas
más castas me gritaban con relieves.
Tus curvas me encendían en pasiones,
esas curvas que apresan tus vaqueros,
vigiladas desde alto por tus ojos
estoicos bajo el arco de su rímel.

Tus ojos cancerberos bajo el rímel,
impidiendo naufragios por tus blusas,
clavaban su furor sobre mis ojos
que quitaban su paz de tus relieves,
aunque a traición miraran tus vaqueros,
con retinas fingidas y pasiones.

Pero en ti eran mudas las pasiones;
escépticas las niñas bajo el rímel;
frías columnas bajo los vaqueros
las curvas de tus mundos; tras las blusas
más castas, berroqueños los relieves;
y de estatuas romanas, ay, tus ojos.

Mas mis ojos ardían en tus ojos
con desiertos sedientos de pasiones.
Y mis manos buscaban los relieves
-a pesar del leteo de tu rímel-
que guardaban tus castas, castas blusas
y las curvas detrás de los vaqueros.

Inasequibles siempre: Tus vaqueros
nunca mundos mostraron a mis ojos.
Siempre frenaron tus honestas blusas

desbocados caballos de pasiones.
Y mis ojos se ahogaron en tu rímel
sin pasear ufanos tus relieves.

Intuyo de tu mapa los relieves,
las mesetas de amor tras tus vaqueros,
y, tal vez, bajo el arco de tu rímel,
en la retina de tus dioses ojos,
haya un recuerdo, Amor, de las pasiones
que jamás anidaron tras tus blusas.

ENVÍO

Canción, basta de blusas y relieves,
de vedadas pasiones y vaqueros:
Muere ya de sus ojos entre el rímel.

Jerónimo Anaya Flores

EL DESEO

Somos una pulsión
en permanente lucha,
una luz espectral
que intenta a toda rabia aposentarse
en cualquier intersticio de la vida.
Como ese afán no nos descorre el velo
detrás del cual se ocultan
los motivos del viaje a este planeta,
pintamos jeroglíficos,
recitamos ideas arqueológicas
e inventamos razones
salvíficas al aire de extrañeza
que signa nuestros días.
Hasta que la ceniza
apague nuestro vértigo,
seguiremos buscando en el envés
de todas las certezas cotidianas.
Vencer a los dragones más hostiles
que guardan el camino
a la felicidad
o buscar el amor que nos redima,
cualquier método es lícito
para olvidar que somos
un soplo imperceptible
en el fiero vendaval de la Historia.

Eugenio Arce Lérída

FRÍO EN ABRIL DE 2010

A Pascual Antonio Beño Galiana
A su muerte acaecida el 10 de julio de 2008
en su homenaje, el 10 de abril de 2010
en Argamasilla de Alba.

Anoche sentí frío: Un frío de cristales
que gritaba degollando la noche.
Pensaba en el ruido que hacemos
para que nos amen sin juzgarnos.
También en los poetas que persiguen
su puesto en los escaparates de la gloria.

Así, junto a la noche, Pascual Antonio Beño,
tu grito de silencio se alojó en mi piel.

Te recuerdo, triste, en la Casa Medrano,
una tarde de verano manchego.
No quedaban halagos en tus labios de cera,
maniatados tus ojos de una niebla sin luz:
Nada tiene sentido, me dijiste despacio,
y comprendí al mirarte, que ese era tu adiós.

Arrojada en los días se diluyó tu imagen
hasta otro verano habitado de cardos.
Oía el campo a siega reverente de sol,
cantaba el grillo y las chicharras
con viejo asimiento irreductible
sobre tierras nominadas de sed.
Se cubría tu periplo de jazmín sevillano
cuando llegaste a término acallando tu voz.

Precisamente entonces, tu reclamo
llegó a través de los muros de la melancolía
en cortejo tristísimo de la región del Sur.

Como ancestral sibila, vi el yelmo de Hades
cubriéndote la faz, y una sacudida
me recorrió la entraña, ofreciéndote
un ensalmo, no escrito hasta hoy.

Accedo a tu Parnaso; a tu patria soñada,
es muy dura la muerte, Pascual Antonio,
sabemos que un cuerpo es poca cosa ;
es miseria que se convierte en cruz
dejándonos solos delante del calvario.
De su desolación, nos libera el amor
convertido en palabras muchas veces.

Paso, página a página por tus libros,
en la trocha por la que cruza abril
Argamasilla, bohemio sin bohemia,
que se durmió soñando con el hallazgo
de escribir lo nunca escrito por tu mano.

Segmento azul, frío del alma, horizonte
precedido de búsqueda hasta el último
instante; Beño Galiana, Pascual Antonio,
gracias, por el inmenso legado de tu arte.

Natividad Cepeda
Tomelloso, abril de 2010

COMPARTIR LA ALEGRÍA

Qué feraces los ríos
cuando el frescor de su corriente amiga
es permanente ofrenda
para saciar la sed
de todos los que somos
peregrinos del mismo itinerario.

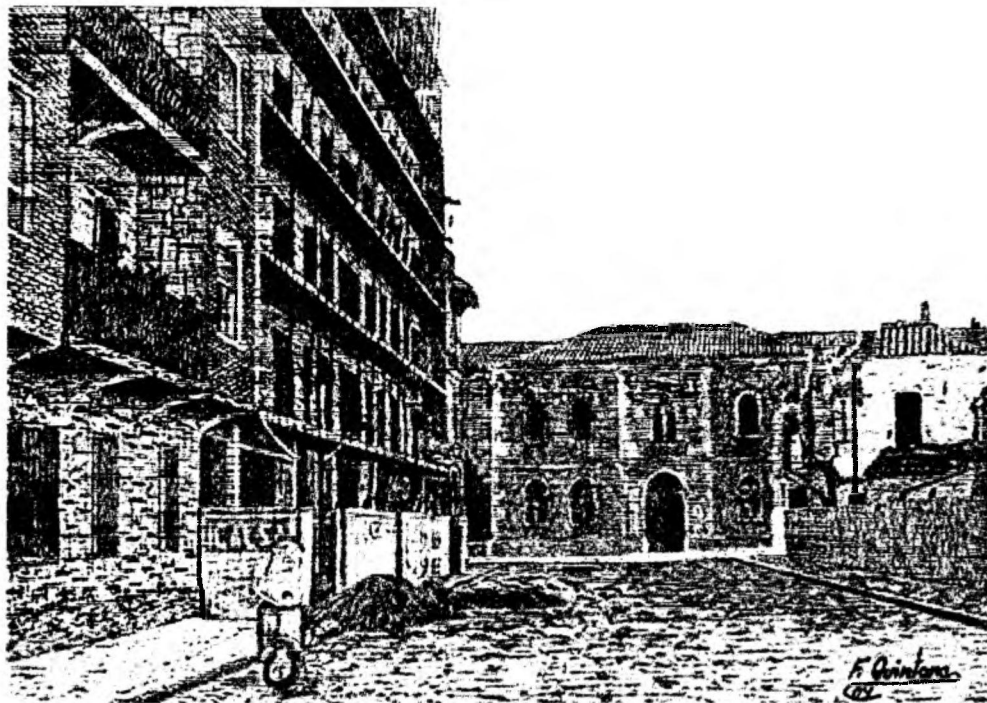
El pan es más sabroso, más hermano
cuando abre su azucena
sobre el mantel redondo de la mesa
sin ausencias ni abismos insalvables.

La frutal alegría requiere limpio cauce
por fragantes escalas del amor
donde plantar el girasol del alma.
Pero han de estar los ojos bien despiertos,
puntual el corazón y sus renuevos,
lejos de las fingidas emociones
de los versos inútiles en los labios de mármol
inéditos de besos y ternura.

Quién pudiera en la calma de las horas
contemplar la alegría de los hombres,
trepando la verdad hasta sus labios;
vivir la libertad de la gacela
o el vuelo confiado de la alondra
sin la presencia de aves de rapiña
que emponzoñan la paz de los caminos
con garfios de tragedia y desengaños.

Me gustaría
saciar me con la lluvia más fecunda,
sembrar en todo el Orbe una salmodia
de dulzainas y nardos;
recorrer con mis cántaros
repletos de ternura,
eriales ateridos
mientras feliz espero en cualquier parte
que un niño me regale una sonrisa
y una flor resplandezca en mis senderos.

Luis García Pérez



Calle Tinte de Ciudad Real

INTERIOR

«Tú no tienes que entender la vida:
entonces será como una fiesta.»
Rainer María Rilke

Padre,
¿cómo puedo
creer esta verdad,
la sombra de la vida,
y sentir tu alma libre?

Se ciegan,
caen desnudos
los labios en la lumbre,
porque mi corazón
vuelve a ser niño
y tiene tanto miedo.

Ternura, padre,
el amor siempre
verdadero estará
cerca, hermosa luz.
Nunca dolor oscuro
de cielo consumido,
aquellas últimas palabras
que sólo soñaban con la muerte.

Por los labios
ascienden raíces,
más heridas abiertas...
Memoria de la nada,
cenizas del sentido,
un profundo silencio.

José-María González Ortega.

RECÓNDITO PARAJE

Al llegar, me olvidé de mí,
me olvidé del tiempo y del mundo.
Me olvidé lo que soy,
de lo que busco, de lo que quiero.

Me fui impregnando de aromas:
a cantueso, a jara, a espliego,
romero y tomillo,
a tierra mojada...

Me sacié con agua del riachuelo,
limpia, clara y fresca
que desciende lentamente
tras saltar el óbice
de la quebrada tierra.

Y me regala su canción
que acompaña los sonidos apagados
que descubren el silencio,
la risa de los árboles
-que ya vestidos de color-
son acariciados por el viento,
el canto recién nacido
de unos diminutos seres
que jubilosos revolotean.

Allí, me olvidé de mí,
me olvidé del tiempo y del mundo.

Con furia, enojada,
quebrantada, el agua cae.

En ese remanso de paz,
estrepitosa, su salto
altera toda armonía.

Admirar la mixtura de colores,
el juego de líneas y formas,
lleva a mis sentidos a colmarse
de sensaciones sublimes.

Recóndito paraje.
Preservas lo bello y puro
de una Naturaleza ancestral.
Para contemplar.
Pensar.
Olvidar.

Allí,
me olvidé de mí,
me olvide del tiempo,
me olvidé del mundo.

Antonia Jiménez

A MIGUEL HERNÁNDEZ, A SU OBRA Y
A SU LÍRICO CÁLAMO
(*Por su centenario*)

¿Qué hice para que pusieran
a mi vida tanta cárcel?
Del poema «El último rincón».

I

A la lírica péñola «hernandiana»,
le ahorcaron el aliento las prisiones,
y hoy sus yemas preñadas en mugrones,
raíz le hacen brotar a su peana.

Resurgen al claror por la montana;
y soñando se vierten en renglones,
pariendo un salmodiar de sensaciones
que llueven paz y amor cada mañana.

Y aunque truncar quisieran su altitud,
en el corte quedó savia y salud
y una yema de voz declamatoria;

y el brote que despierta de esa yema,
es sonata que vuela como emblema,
que surca el pentagrama de la historia.

II

Y aunque joven comiste cementerio
y tu carne fue pacto de una fosa,
tu semilla mostrose generosa
al mamar de la fuente de un buen pierio.

De tus versos florece un monasterio
que en sus muros y bóvedas rebosa
un efluvio, que embriaga y que se posa
en el eco que mana de un salterio.

Y una vez hecho río permanente,
de agua serena, pura y transparente,
te has dejado beber por el sediento,

que le gusta lactar literatura,
estrujando el pezón hasta que apura
de tus trovas el último fragmento.

III

La cárcel horadó tu sepultura
e hizo de ti, cosecha de su Agosto,
recolectó tu cuerpo a bajo costo
dejando fracturada tu andadura.

La senda se enfrentó con la espesura
haciéndose un trazado muy angosto
que tu pluma rompió con su arregosto
de sembrar en ringleros la cultura.

¡Tanta raíz echaron tus plantíos,
que han ido dando pan en los estíos,
a las bocas que hambrientas de ti estaban;

y trillando tu mies, iban sacando
el buen trigo, que tú fuiste sembrando
y una vez ya hecho hogaza masticaban...!

Manuel Mejía Sánchez-Cambronero

CÁLIZ DE AMARGA DROGA

Anoche agonizaba a orillas de la luna,
recostándome, sola, en tálamo de ausencia;
mientras se despejaban nublos de la mente
maldije cadenas de muerte de la droga.

¡Jo!, qué puñal de hielo me clavaste, tronco;
sin esperarlo, tío, ¿qué pasa contigo?
Si en el garito juntamos nuestros bodis
piel a piel, como lijas encendidas;
entreabiertos los labios, en celo, para un beso,
mientras tus manos aceraban mi cintura...
¿Por qué te alejaste, dejando envenenada
nota, con un «te quiero para cosas serias»?

Noche negra de humo, tristura,... y chocolate
que me proporcionó el camello, conmovido,
al contemplar troncharse mustias primaveras...

Huí de aquel antro, gritando: ¡Eres mi hombre,
me molas, soy tu piva, chungo; ...sin ti muero!
Y no quise picarme al alba del olvido
ni, débil, sacudir un polvo desgarrado...

¡¡Dios!!, ¿qué hago ahora, si soy naranja seca
con la piel desconchada, muy picada y sucia?
Aunque si me quedara alguna pulpa sana,
estrujaría, fuerte, hasta sacarle zumo,
y llenar para ti este cáliz de amargura
con una flor,... de azahar reverdecido.

Buscándote de nuevo, amor, esperanzada,
que yo, también «te quiero para cosas serias».

María Luisa Menchón

A BOCANADAS

A bocanadas trago el aire limpio
que juega con las olas y la espuma,
revuelve mis cabellos, besa el rostro
y acaricia mi piel entre las dunas.
A bocanadas busco un aire nuevo
que salve mi mirada de la bruma,
purifique mi sangre, avive el fuego
que contra el gris de la rutina pugna.
Absorbo, a cielo abierto, a tumba abierta,
cuanto la vida traiga de hermosura.

María Jesús Moreno Beteta

EL CORCEL DE LA ALBORADA

¡Oh, inquieta aurora de plural tibieza,
pues ya pulsas tu cítara indecisa,
tiende tus redes cuando el día empieza!

El ensueño se pierde en la mañana
rasgado al bies por la tangible brisa;
el crepúsculo irisa
un arrullo del alma filigrana
que va abriendo romanzas y ternuras.
¿No se llenan de anhelos,
con notas de armonías o amarguras,
tus veneros de esferas iniciales?
Brille un troquel que ahorme los revuelos
de las sendas más puras
en tus prados de amores virginales.
Y si el céfiro llega suavemente
a acariciar los ritos
que aguarda en tus estanques infinitos
el paso indefinible del oriente,
traiga con el rumor de las pasiones,
desde el zaguán profundo de las horas,
el ingrátido gozo de tus dones.

Si has de venir, aurora, a mis balcones
dame un corcel con crines escultoras.

Restituto Núñez Cobos.

A Miguel Hernández en el centenario de su nacimiento

Ay, Miguel, esa voz con la que rasgas
más allá de una vida de rutinas,
esa voz que despierta
un mar de apariencias sereno,
esa voz que desnuda con su canto
las verdades que encienden cada verso.
Qué triste que la tierra se tragase
tan temprano tu voz, toda tu rabia,
tanto dolor que se vuelve sonámbulo:
prefacio donde muere
el insomnio, emergiendo por los poros
si habita el desamparo,
el lecho donde habita la nostalgia,
la doliente memoria que recrea
los márgenes ignotos de uno mismo:
heridas del recuerdo
que vuelven a nacer,
idioma musical donde el espíritu
no se quiere morir entre la pena,
y esperar que las manos
rediman en un gesto fraternal
tanto dolor dibujado en los rostros.
Que la espera es un campo baldío
cuando no sabes lo que esperas.
Quiénes escucharán a la memoria
que se deshace en la voz del olvido,
si a los cuerpos cansados
se les vuelve de otoño la esperanza.
Un homenaje póstumo, al sentir,
que tu palabra produce en cada corazón
para dejarnos entrar en el misterio,

recorrer los suburbios de la historia,
desprenderse del lastre que los años
no supieron filtrar.
Que ponerle mi voz a tu palabra
ha sido la emoción que respiran mis arterias
desde su imperativa fuerza,
donde hay un sufrimiento que se alondra,
un vínculo que alcanza el interior.
La garganta, testigo
que concilia la alegría y el llanto,
para raptar las sombras donde el tiempo
pueda decir, desde la noche,
de qué temblor corporal venimos,
en qué temblor corporal estamos,
y qué temblor corporal nos hará más humanos.

Presentación Pérez

A LA HOJA EN BLANCO

Tú, que siempre me ofreces tu blancura
tu cuerpo, tan prendido entero en luz

Tú, que siempre me entregas tu silencio
para que yo, en silencio lo destruya
poniendo en orden todas mis palabras...

Tú, que siempre me aguardas tan paciente
como un amante fiel que nunca juzga,
tal vez sueñas los versos que derramo
en tu piel, que fue abrigo de algún bosque,
los versos que recibes siempre virgen...

Tú, que sabes mis manos de memoria,
que conoces el tacto de mis dedos
y el sabor más sincero de mis lágrimas,
has aprendido todos mis rincones
y para ti es mi alma transparencia.

Tú, que conoces todos los consuelos,
me entregas siempre el bálsamo adecuado
para cada dolor que te atormente.

Tú que nunca me hablas de relojes,
sin medida me entregas un lugar
donde depositar todos mis sueños.

Elizabeth Porrero Vozmediano

*Se me vuela del alma la esperanza
cuando veo sus bocas moribundas,
sus manos mendigando al infinito
y sus ojos mirando hacia la luna:*

LOS TRISTES

Fuimos tristes. Los tristes sin nada.
Desdichados sin dicha y sin rumbo.
Sí tuvimos las calles amargas,
y de pan las migajas del hambre,
de vestidos la luz del silencio
y por vida miserias calladas.

Nos cubrimos de miedo y vergüenza,
de miradas al suelo marchitas
por temor a injusticia y condena,
al ser nuestro delito ser pobres
que llenaban su vientre de frío
y sus ojos de rabia y arena.

Nuestra carne sufrió el desarraigo
y las lágrimas sombras sombrías,
y las bombas, y la ira y el llanto.
El exilio fue nuestro destino,
nuestro lecho una lona amarilla...
¡Y a soñar bajo un cielo estrellado!

Que silencio tan agrio y tan duro
ha tenido la noche de siempre,
que desgaja el dolor moribundo
y arrebató a las almas la dicha,
que destroza mi vida y mi muerte
al llenar de vacío mis puños.

Fuimos tristes. Los tristes sin sueños,
que en la tierra clavaban las manos
para hallar algún tibio alimento,
pero sólo encontramos las piedras,
la dureza del árido andar
de más pobres heridos y muertos.

Ni una hogaza de amor y alegría
que llevarnos al cuerpo y al alma,
ni un pedazo de paz compasiva
que abrigara el mirar de los niños,
ni sonrisas... ni un poco de aliento
para toda esta pena tan fría.

Esta pena que arranca la luna
y las dulces estrellas del cielo,
para dar de comer con ternura
a mil bocas hambrientas de vida,
a mil bocas que piden el agua
y encontrarse de nuevo sin bruma.

Fuimos tristes. Los tristes sin sueños.
De eso no hay duda, fuimos los tristes,
quien lo niegue no está en nada cierto.
Fuimos tristes, los tristes sin nada,
que en la tierra clavaban las manos
para hallar algún tibio alimento.

Diana Rodrigo Ruiz

AGUA SALOBRE

¡Cuánto aluvión de amargos cenagales
para inundar la soledad del mundo!,
¡cuánto aguazal de pánico iracundo
para romper los frágiles brocales!

¡Cuánto ramblar de abruptos sequedales
donde tiritita un cardo moribundo!,
¡cuánto bancal estéril, infecundo,
donde rebrotan negros manantiales!

Agua salobre, gélida y salada,
es la que llega, ubérrima, a mi boca;
agua salobre en recia bocanada

que en el cantil del labio se desboca
para vestir de luto mi alborada
y endurecer mi corazón de roca.

Santiago Romero de Ávila

«VENTANA DEL RECUERDO»

Ventana del recuerdo
cuyos amados cristales,
robaron mis huellas.
Naciste allí en lo más alto
de la fría fortaleza, donde el Sol
quedaba atrapado en tus brazos
convertidos en cálidos reflejos .

Fuiste mi amada ventana de suspiros
compartiendo aires extraños,
de luna oscura.

Tan misteriosa en la noche
Tan transparente en el día.
Silenciosa amiga de mi soledad
tejida de blancas rosas,
de pétalos robados.

Más ahora tus cansados destellos
quiebran tu forma
añosa y desgarrada
Y así, por el tiempo vencida
yaces frágil ante mis ojos.

Miriam Ruiz Polo

LLUVIA SOBRE TU ESPALDA

Moría de sed de tu cuerpo en el lento letargo
de aquel mediodía de estío.

Silencio de siesta: el calor
mecía despacio la tarde incipiente
al lado del agua.

De fondo, un azul de piscina:
desnuda y tumbada en la hierba,
tomabas el sol.
Con todo aquel fuego,
mi pobre estatura
estaba conforme teniendo los pies en el agua.

De pronto, sutiles aromas de piedras etéreas,
la tierra mojada ocupando la atmósfera,
el gris petricor...
y yo, junto a ti, percibía en tu espalda brillante y cobriza
el lento teñir de las nubes
que van arrastrando su pago
de tantas y tantas tristezas.

El sol se ocultó por completo detrás de las nubes grisáceas.
La lluvia incipiente, que antes de suelo —podría decirse—
se hacía vapor,
sabía ser vista en la calma piscina.

Ni el lento llover, ni los truenos, relámpagos...
pudieron turbar tu quietud:
La lluvia cayó lentamente
haciéndose río en tu espalda,

llenando, en tu hueco lumbar, el oasis
formado en el místico arqueo de tu anatomía.

Tu piel se excitó. Por tus carnes
bailaban su erótica danza las gotas del agua.

Así te llegaste a llenar...
Y yo, gateando hacia ti, sobre ti y hasta ti...
recuerdo que fui descendiendo los labios
bebiéndome el agua de toda tu espalda.

Giraste por verme:
y ya bien despierta,
tus ojos de cómplice
cazaron así, *in fraganti*, a los míos.

¡Qué nube maldita pasó derramándose
por tu anatomía!
¿Por qué, desde aquella ocasión,
mi ser cada vez va teniendo más sed
de ti? Cada vez... mucha más.

David de la Sierra-Llamazares Cejuela

FIDELIDAD

Ciéguenme las tinieblas si de mí te arrancara,
en piedra convertido mi palpitar caliente,
encadenado y hosco el céfiro sufriente
y turbio el pensamiento en su fuente preclara.

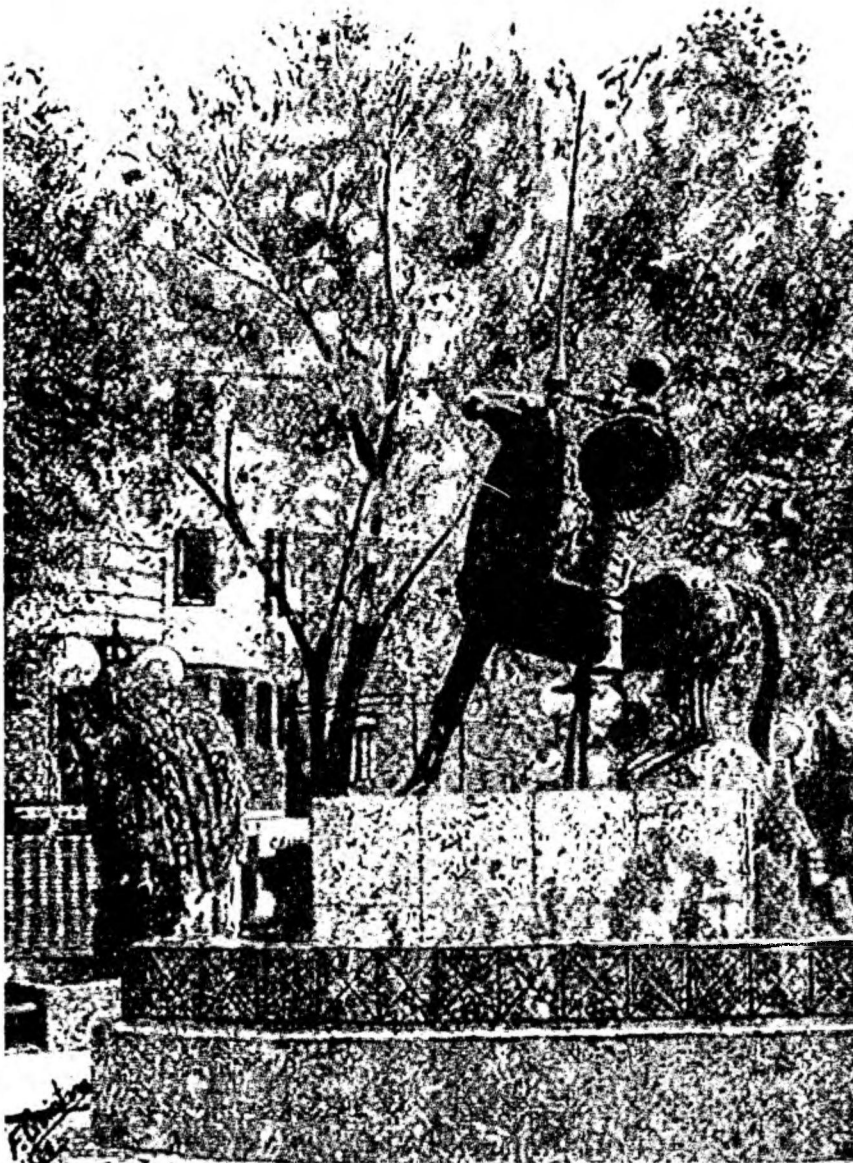
Quédeme a la intemperie si de mí te arrojara,
con el musgo amarillo de una tumba en mi frente,
los violines helados y cayendo, al poniente,
el vuelo de una estrella que en la tierra se para.

Pocas veces el mundo, ante tanta belleza
perdida para siempre, te podrá ver los ojos,
si vueltas las espaldas me olvido de tu historia.

Por eso me resisto, en la ingrata aspereza,
encerrada la vida tras sus tristes cerrojos,
a devolver las rosas que me abrió tu memoria.

Rafael Simarro Sánchez

NARRATIVA



Plaza del Pilar de Ciudad Real

SOY YO MISMO

«De nuestra casa he borrado todos tus recuerdos».
Camilo José Cela

No podía creerlo, pero se parecía demasiado a mi vida. Al momento más triste de mi vida. No era entonces más que un niño. Un niño al que desde hace décadas mantengo recluido en los húmedos sótanos de mi memoria, oculto, encadenado a las argollas del olvido. Y que algunas veces -muy pocas- se escapa para recordarme esa lejana infancia mía, una infancia sumergida en el fango de la miseria. Cuando, a pesar de todo, mi padre y yo luchábamos por ser felices.

La nuestra era una felicidad extraña, cimentada en el cariño extremo y en ese ancestral sentimiento que surge de la llamada de la sangre. Y digo que era extraña porque desaparecía repentinamente, abandonándonos en un vacío de incertidumbres, de agobiantes zozobras ante cualquier situación imprevista -y no por ello infrecuente- que quisiera enviarnos bruscamente al que, por orden natural, debía ser nuestro lugar en este mundo: los sumideros de la necesidad, los profundos albañales de la indigencia...

.....

Allí dentro se estaba bien. Hacía calor. Me despojé de la bufanda y del abrigo de paño gris. Un gris oscurecido por la mugre. Luego me senté. Inmediatamente eché de menos el cartón de vino barato que un guarda de seguridad con cara de bobalicón me había requisado en la entrada de taquillas. Estaba seguro de que ese hombre no había pasado nunca hambre. Ni sufrido penurias en su niñez. Por eso mostraba aquel rostro prepotente y mofletudo, rematado en una generosa papada. La buena vida. Sólo comer, pasear el uniforme con las manos a la espalda y dormir. Y tratar a los mendigos como simple escoria, como basura. A los mendigos como yo...

El museo se encontraba abarrotado. Y todavía era temprano. Afortunadamente -era la razón por la que estaba yo allí- la entrada era gratuita los domingos. La mañana se había despertado con rachas gélidas del viento del noreste y el cielo cerrado mostraba un color muy semejante al de mi abrigo. Hubiera resultado casi un suicidio permanecer en el banco del bulevar que me servía como residencia habitual. En el que me había sentado ahora se estaba muy cómodo, aunque careciera de respaldo. ¡Estos bancos de diseño! Lo habían ubicado en el centro de la sala y desde esta posición privilegiada, me entretuve fisgando y obligando a desviar las miradas de todos aquellos que me observaban al pasar con cara de extrañeza. Y de asco. En fin. ¿Qué sabrían ellos?

Me apetecía un cigarro. Miré primero el cartel de prohibición pegado junto al extintor y después al vigilante apostado en la esquina. Maldita moda aquella de no dejar fumar en ningún sitio. Al menos en el bulevar podía hacerlo hasta hartarme.

Tenía tiempo de sobra. Como siempre. No en vano me había convertido en un experimentado malgastador compulsivo de horas, de días enteros; días que transcurrían despacio, que se sucedían sin apenas moverme, sin hacer nada, sin pensar en nada. Continué observando a los visitantes. Los había de todas partes, del país y de fuera. Los extranjeros, iban en general bien vestidos, con ropas cómodas y aspecto de intelectuales, con esa parafernalia de cámaras digitales, móviles y gafas para ver de cerca, no como las decenas de inmigrantes explotados que intentaban pagar sus deudas vendiendo en el bulevar discos piratas, bolsos de imitación o fulares baratos.

Me levanté al cabo de una hora para estirar mis entumecidas piernas. La gente me evitaba, apartándose de mí o dando un mal disimulado rodeo por detrás del banco. Pero no me importaba nada. No eran más que unos estúpidos remilgados. Al rato, tuve ganas de ir al baño. El frío de madrugada me había obligado a trasegar cartón y medio de vino para entrar en calor y ahora necesitaba aliviarme con urgencia.

El cuadro colgaba muy cerca de la esquina donde el vigilante reposaba sus posaderas. Lo encontré mientras buscaba la salida hacia los servicios, y ya no conseguí continuar. Era un óleo grande, apaisado, con un marco de volutas doradas. El artista había plasmado con sombría crudeza una de las caras más amargas de la existencia: un hombre postrado con barba encanecida y una amplia frente cruzada por profundos surcos, yacía su agonía sobre un jergón apenas cubierto por una sábana amarillenta. A sus pies, un niño arrodillado de unos siete años, tomaba tiernamente la mano derecha del moribundo entre las suyas.

Un haz de luz mortecina se derramaba con avaricia desde el ventanuco que se abría en el ángulo superior izquierdo. Una alacena de puertas descujadas guardaba, en la sordidez de sus entrañas, un puchero volcado, un lebrillo y dos herrumbrosas alcuza. Completaba la asfixiante atmósfera del lienzo un pequeño candil de aceite al lado de los pies desnudos del chiquillo...

No podía creerlo, pero se parecía demasiado al momento más triste de mi vida.

.....

Debo hacerlo. Levanto levemente la mirada, muy despacio. Un extraño desasosiego se apodera de mis adentros cuando recorro de nuevo el cuadro: esos pies desnudos junto al candil, la sábana amarillenta, la opresión inexorable que envuelve el final de una vida... Miro el rostro del chiquillo y siento cómo el dolor insoportable que brota de sus ojos se detiene en los míos. Y es ahora cuando me reconozco. Soy yo. Sesenta años atrás.

Pasan unos instantes hasta que soy capaz de aceptarlo. Estoy reviviendo la desesperación de aquella tarde. La tarde en que murió mi padre. Y así, sólo unos segundos después, el niño que permanece marginado tras los esquinazos de mi memoria, me obliga a liberarle para hacerme recordar con angustia la miseria agazapada en aquella habitación

arrendada, con su alacena de puertas descuajadas y la mezquindad de una luz manando del ventanuco. Cuando ya no pudimos luchar más por ser felices...

Me acerco al lienzo. El vigilante se pone de pie, alerta, clavándome la mirada. Pensará que voy a rajar la tela o qué se yo...

Obsesivamente, me aproximo un poco más para intentar descifrar la firma que aparece en su parte inferior. Es un nombre con su rúbrica. Y una fecha:

Jaime Fernández de Mendoza. Abril de 1970.

Caigo de rodillas ante la atónita mirada de los presentes. Jaime Fernández de Mendoza. Conozco ese nombre. El autor del cuadro soy yo mismo. Yo lo creé...

...Sólo unos días antes de perder la razón.

José Agustín Blanco Redondo

Noviembre de 2004

Primer Premio en el XXIII Certamen Nacional de relato Castillo de San Fernando. Bolaños de Calatrava. Septiembre de 2005

MIRAR DE FRENTE

Hoy, como todas las mañanas, Carlos se levanta temprano, recoge los boletos del día, y se dirige con ayuda de su bastón y acompañado de su amigo fiel, Rodolfo, su perro guía, hasta el pequeño kiosquito donde vende sus cupones de la once, situado en la parada de metro del barrio de Cuatro Caminos.

Carlos es ciego desde los doce años, y a veces sueña despierto, recordando vagamente los colores de todos aquellos objetos que le rodean en su día a día. Su madre le compró un plumier verde oscuro con un dibujito de unos ciclistas en la tapa.

Aún guarda el viejo plumier en un cajón de la cómoda de su cuarto, y pasando suavemente sus manos, palpándolo, rememora sus bellos colores y la cara de felicidad que tenía su madre cuando lo puso en sus manos aquel primer día de escuela. Los recuerdos de aquel momento vuelven a su mente como si estuviera aún allí, como si lo estuviera viendo.

Todos los días hace esfuerzos por no olvidar aquel rostro. Le dolería demasiado que algún día llegase y no pudiera ver en su mente aquella carita alegre mirándolo orgullosa.

Carlos vive cada día intensamente, pero no siempre ha sido así. Hubo momentos muy duros. Cuando se le apagó la luz, al principio pensó que sería algo pasajero; incluso los médicos tenían esperanzas para sus ojos. Fueron varias operaciones quirúrgicas, varios intentos por solucionar el problema, varias ocasiones de llenarse de ilusión, y al final, plagados de llanto de decepción.

Después vinieron los días de hacerse a la idea, de aprender a vivir de nuevo, volver a salir sólo a la calle, y hacerlo sin miedo. Fueron muchos cambios, muchos tropiezos. Aprendió los pasos que hay desde la cocina al baño, la altura de la mesa, a organizarlo todo, a que no hubiera nada tirado por el suelo. Estando todo en su sitio podía localizarlo sin apenas esfuerzo.

Consiguió distinguir cuántos puntitos componían las palabras, los números, incluso cómo formaban textos. Se hizo amigo de aquel código «Braille» y aprendió, para su propia sorpresa, a leer con los dedos.

Ahora, con el paso del tiempo, su rutina le hace feliz, y no se siente como antaño, indefenso, triste y desgraciado. Camina por la acera como un valiente, con su bastón y su perro. Escucha atentamente los pasos rápidos de la gente, las bocinas de los coches, el canto de los gorriones, los ladridos de otros perros y hasta las hojas de los árboles balanceándose al compás del viento.

Y desde su kiosquito, en aquella estación de metro, todos los días escucha atento los ruidos, hasta los más insignificantes, y se lo imagina como si lo estuviera viendo, pues

de hecho lo ve todo dentro de su cabeza. Hay un hombre despistado que llega siempre hablando por teléfono, y que corre muy aprisa porque casi pierde el metro. Debe ser muy corpulento porque su respiración es agitada y dificultosa, y sus pasos son firmes. Carlos piensa: - Esto denota que el deporte no es su fuerte.

También hay un grupo de jóvenes estudiantes que, entre risas, acuden a diario, hablando de clases, de exámenes, de suspensos y aprobados, de fiestas y vacaciones. Unos minutos después, ritual de cada día, aparece Doña Antonia, siempre amable y bondadosa, saluda a Carlos y tiente a la suerte, comprando su cuponcito y soñando lo que haría si ese día le tocaran suficientes cuartos.

A pocos metros, toca el violín su, ya viejo, amigo Paco, y espera que unas monedas caigan en su gorra para, al final del día, tener lo que sería hoy su salario. Carlos siempre bromea comentado alegre con Paco: - Hoy no han golpeado mucho unas monedas con otras, o al menos yo no lo he escuchado. Hoy no han sabido valorar tu bonito trabajo. - A lo que contesta Paco: - Siempre aciertas, no me lo explico, ¡qué oído más fino tienes, mi querido Carlos!

Sólo los lunes y martes, una muchacha coge el metro de las cuatro. Es ágil y delicada, pues apenas se oyen sus pasos, y va sembrando un aroma a perfume de lila y nardos.

Y así van pasando los días, uno tras otro, observando, aprendiendo de la vida de los demás, aunque son sus oídos los que se convierten en sus ojos improvisados. Imagina los colores de los edificios y los parques, de las flores y los árboles, el cielo azul, las estrellas y también los rostros, de los niños y los grandes. Todo lo ve, todo es tan real, en su mente todo vale. Aunque sus ojos se niegan a reflejar esas imágenes, son el oído, tacto y olfato sus aliados para ayudarle, para contemplar la vida sin perder ninguno de los pequeños detalles.

Él ve a todas las personas a su manera, pero muchas de ellas, la mayoría, van tan ensimismadas con sus cosas, tan metidas en sus pensamientos, presas de su rutina, que no se ven entre sí, que no lo ven a él, pese a cruzarse en el mismo punto y a la misma hora, todos los días.

Y, ¿qué es la ceguera entonces?, ¿en qué consiste no ver?, ¿es tener los ojos dormidos o no utilizarlos bien?

Una pregunta más flota en el aire: ¿qué ven aquellos, que poseen unos ojos que ven pero no miran?

Ana María Cabezas Ramírez

MONTEVERDI ABIERTO

Pasaba de lejos por las llanuras de Talarrubias viendo el Castillo de Alcocer resistiendo al tiempo, subido a las rocas de su cerro. Los sopores de las peptonas tras una prudente comida me llevaban adormilado por aquellos lugares. Yo no conducía y el coche mecía a los dos con un pausado traqueteo propio de las carreteras con chichones. Con la turbación, me llegó la imagen del castillo y fue inevitable pensar en Monteverdi, en la Edad Media y el comienzo del amanecer del Renacimiento. Alguien le llamó así porque lo anterior fueron tiempos de muy lenta evolución. De un dormir embotado por el concepto antiguo del poder como instrumento para la sumisión por la violencia; el humanismo pedía a gritos reivindicar al hombre libre e inteligente.

Me contaron que el castillo de Alcocer tenía todavía los restos de sus habitaciones, marcado su solar en las filas de huecos donde hubieron vigas y robustas tarimas; alojamientos hechos en la pared, vacíos de madera, colgados en sus muros desnudos. La sombra de la fortaleza se proyecta hacia el norte en la inmensa llanura, que hoy se ve en parte bañada por las aguas empantanadas. Una de sus salas para habitación tuvo una hermosa chimenea y aun hoy resiste su empinada campana sujeta a los altos muros. Desde allí se vio como llegaban los días, los enemigos y las amables visitas que engrandecieron a su población. Debieron sonar los instrumentos de metal con toda su fuerza. Como las composiciones de Claudio Monteverdi, todavía vivo en sus luminosas composiciones.

La imagen del castillo da fe de las notas que resonaron en mi recuerdo en madrigales del compositor italiano y renacentista. Es la música de este hombre llamada abierta a la fiesta y al ensueño. Sus madrigales llegan con la súbita tensión del aviso al amanecer, los toques de reunión para la danza, para el sosiego, para el recuerdo de canciones populares repetidas a varias voces con la ingenuidad propia del limpio de ánimo. Música del renacimiento rompiendo el comienzo de un barroco que tanta genialidad nos daría después. Ilustrador en sus madrigales, poemas hermosos, breves y sencillos. Madrigales como los del poeta español Gutierre de Cetina de gran belleza, en aquellos sus versos, (todo un pensamiento delicado y espontáneo): «...sabrosa noche que en tal dulce afrenta / el triste despedir me vas mostrando...» Madrigales que Monteverdi recita con los instrumentos de cuerda y metal dejando abierta siempre una llamada, un reclamo, un toque de atención para elevar los ánimos encogidos.

Viendo el Castillo de Alcocer alejarse, subido en sus rocas, sobre su pueblo ya apaciguado de los conflictos de la antigüedad y sin más temor que el seguir viviendo, resonaban las notas de la música de Monteverdi, que siempre me dio la impresión que

estaba hecha para abrir, para enseñar, para ofrecer. Me fue acompañando dentro de mi cabeza por las dehesas y montes de la Extremadura que llegan hasta las puertas del occidente manchego. Dibujando horizontes de historia renacentista, en los momentos del Imperio de Carlos I, el joven venido de Flandes, que acabaría sus días no muy lejos de allí, en Yuste. Que podría cantarse con otros versos del poeta de Cetina que decían:»Tanto tiempo he (tengo) en andar perseverando / que el flaco ingenio, rústico y grosero, /un pensamiento blando, a veces fiero, poco a poco lo ha hecho delicado...»

Las breñas pasaban; más adelante, una carretera nueva se iba haciendo trazando rectas imposibles sobre la naturaleza. La naturaleza, paciente, curada una y mil veces del paso de los hombres sobre ella, seguía ofreciendo su verde intenso, oscurecido por encinas milenarias, para ser vigilada por los halcones y cernícalos que chillaban sus alertas sobre nuestro paso. El rugido del motor me devolvió la realidad cuando ya caía la tarde. Monteverdi seguía abierto, resonándose en la historia recordada, en las luces de viejas piedras labradas para un Castillo en tierras añejas de nuestro pasado.

Ramón Gallego Gil

«Vecinos» 13-9-2004

POETAS DEL GRUPO GUADIANA

GUADALUPE HERRERA RODRÍGUEZ

Nació en Ciudad Real en el año 1964.

Trabaja en la rama sanitaria y ejerce como madre de tres hijos en edad adolescente (experiencia interesante).

Pertenece al Grupo Guadiana desde el año 2000, colaborando desde entonces de forma activa, especialmente en los primeros tiempos.

Después de unos años sabáticos obligados vuelve a nosotros con este relato, esperando que no sea el último.

Su libro «Nueve lunas y una mujer» fue publicado en el 2004, como monográfico de Manxa.

Ha participado en el «Encuentro Poético de las Cruces», de Piedrabuena, en el año 2009.



Ceuta

Dijo: Eres un cielo.

Respondió: Pues súbete a mi nube.

A veces paseo cerca de su castillo, en primavera el jazmín asoma por sus murallas y detrás, los amplios ventanales que iluminaban las estancias me dejan pasar a través del recuerdo y sentir como entonces la alegría en cada rincón, los detalles que le hacían acogedor y la vida que allí se respiraba, pero todo fue alejándose poco a poco, quedó un silencio eterno, hueco y despiadado.

Su porte delicado, sencillo y natural. No hubo coronas de oro ni piedras preciosas, tan solo seda alrededor de su cuello, esa era la joya más preciada para ella. Mi princesa vivía rodeada de sus damas a las que amaba y que protegía de sus inquietudes y desvelos.

Cuando las puertas del castillo se abrieron por primera vez su cetro había cambiado de posición, a pesar de dirigir en lo cotidiano su mano combatía contra la gravedad que lo llamaba, y dignamente luchaba contra ella.

El enemigo se acercaba silente pero rápido, comenzaban las batallas. Planeamos izar el pendón clamando retroceder, que acampase en ese mismo instante hasta que al menos pudiésemos encontrar armas para pelear. Mientras llegaba ese momento sus molestias era aliviadas, su tristeza consolada, la invención de sueños y quimeras era constante para albergar esperanzas y sentimiento de fortaleza, pero no había antídoto ni remedio para su pena ni su rebeldía frente a todo lo que la emocionaba.

Él la postro en un lecho sin dosel, la torturaba dejando caer sus brazos y piernas delicadamente por la suaves sábanas de hilo. La princesa decidió aislarse en su fortaleza y esperar. Comenzó a atormentarse y permanecer sentada en un trono que no había elegido, que la mantenía atada, incapaz de liberarse.

Los frentes se multiplicaban de un día para otro, avanzaban y mermaban las estrategias de defensa.

En aquel tiempo eran pocos los elegidos del reino que podían acceder a ella y después de un largo invierno, oscuro, frío y húmedo solicite ser recibida. Portaba una flor entre mis manos y ansiosa esperaba. El corto trayecto se hacia eterno y desde el quicio de la puerta la vi tan hermosa que la emoción nos derrotó, un llanto sordo como jamás había escuchado invadió la estancia, las doncellas sumisas secaban las lágrimas y calmaban los ánimos de mi señora.

El cetro no estaba a su lado, la presencia del enemigo se hacia notar queriendo ganar su vida. No le iba a resultar fácil, el amor incondicional hacía de escudo frente a

las flechas envenenadas del agotamiento, desaire y sufrimiento, junto a ellas un fervor religioso e incuestionable de preguntas y promesas. Cómo contestar a su mirada si la impotencia sellaba los labios, cómo abrazarla sin evitar un gesto de dolor, cómo mitigar su deterioro sin consolar su alma.

Las flores de cada encuentro crearon entre nosotras un lenguaje, símbolo de amistad, de vida, de alegría en esos momentos esporádicos que pudimos permitirnos incluso cuando el agotamiento se reflejaba en su rostro. Me marchaba con un beso y ella contemplaba los girasoles, las margaritas o las gerveras, admiraba la belleza de la naturaleza más allá de las paredes que la rodeaban.

Volví a ver a mi princesa, esta vez en un remando de paz, tranquila y hermosa como siempre, dejó a mi alma sin sentimientos, sobre ella unas flores sencillas, distinguidas y naturales como la mujer que conocí.

HOMENAJE A JUAN IGNACIO MORALES BONILLA

OTRO COMPAÑERO QUE NOS DEJA

Juan Ignacio Morales Bonilla, otro compañero en los sueños y las ilusiones literarias se nos ha ido recientemente. Miembro veterano de nuestro Grupo, fallecía en agosto del pasado año, cuando nadie pensaba en su adiós definitivo.

Juan Ignacio, de vocación tardía, era un hombre profundamente religioso, de robusta fe. Caminaba siempre con el alma hecha jirones, pidiendo constantemente un ramalazo de paz en sus líricas plegarias. Soñaba con mil viñales franciscanos, con un paisaje pleno de gorriones, con un trigal dorado y bendecido, con un bancal sin miedo y sin violencia, con un jardín con niños y rosales.

Pero el poeta, el amigo, nos ha dejado en un agosto oscuro y plañidero, plagado el sol de nubes y de penas. Nos llegó la noticia como un zarpazo traicionero, y desde entonces, a los amigos fieles, nos duele el corazón y el alma por tanto dolor como nos deja por herencia.

Pidió en sus versos que acabara el hambre en cualquier territorio en la distancia; pidió en sus versos panes angélicos, y cosechó al final de su jornada un reseco trigal para el futuro.

Como magnífico sonetista que era, valga este soneto suyo como ejemplo de su obra.

LA SIEGA

Un crucifijo de sol en los trigales.
Trigo varón y tersa piel cetrina.
Las hoces siegan lo que el sol calcina.
Surco, sudor y sed y pedernales.

Un sueño de rocío y manantiales,
el segador sediento que se inclina
bajo la cruz de un cielo que culmina
en azules calvarios verticales.

Dientes blancos al sol y sangre roja.
Carne martirizada. Calentura.
Muñones y rastros sin orillas.

No hay paño de Verónica que acoja
todo el acre sudor de la llanura.
Sólo un lienzo amarillo de gavillas.

Juan Ignacio Morales Bonilla
(De su libro «El corazón de la encina»)

HOMENAJE A MIGUEL HERNÁNDEZ EN SU CENTENARIO



Firma Miguel Hernández
en recuerdo de nuestra
amistad de la verdad.
Antonio B. ...
15-1-27.

APUNTES SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ

O.- INTRODUCCIÓN

Iniciamos estas líneas recordando las palabras, el ruego formulado por Pablo Neruda: *«Recordar a Miguel Hernández que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!»*.

I.- BIOGRAFÍA

Nació Miguel el 30 de octubre de 1910, en Orihuela (Alicante), en el seno de una familia de cinco miembros, aunque luego serían más, y de escasos recursos económicos, por lo que pocas oportunidades tuvo de asistir al colegio y recibir una instrucción académica. Más bien al contrario, tras unos años escolarizado, seguir los pasos de su padre, pastor-ganadero de oficio, parecía ser su destino.

Desde los siete años ayuda a su hermano en las tareas del pastoreo, aprendiendo de él el oficio, a la vez que asiste a clase al mismo colegio en el que está Ramón Sijé, que más tarde será su gran amigo. Pronto destaca por su interés, pero a los catorce años ha de abandonar los estudios para incorporarse al trabajo. La luna, la naturaleza, la vida... , serán sus maestros e ilustradores, el caldo de cultivo en el que cuajarán las semillas plantadas en su breve paso por las aulas. El cuidadoso afecto y orientación de algunos amigos, como Ramón Sijé y Carlos Fenoll, o el Canónigo Luis Almarcha, le llevarán a las primeras lecturas, las preguntas fundamentales; y nacerán los versos robados al tiempo inexistente.

En 1930 publicará sus primeros poemas en el semanario «El Pueblo» de Orihuela y el diario «El Día» de Alicante, ampliándose posteriormente a otros

medios, lo que le hace concebir esperanzas de gloria y le empuja a abrir nuevos horizontes.

A finales de 1931 se marcha a Madrid con una maleta cargada de poemas, pocas monedas en el bolsillo y un sueño no contrastado que pronto se estrelló contra la cruda realidad y le hizo regresar a su pueblo con el alma dolorida a pesar de haber recibido algún abrazo amigo, algún guiño del futuro incierto. Una insinuación en «La Gaceta Literaria» no fue suficiente para que se le abrieran las puertas de su deseado paraíso, aunque de él se llevase los apuntes para su primer poemario: «*Perito en lunas*», que se publicaría posteriormente en 1933.

Llegarán los primeros reconocimientos, tímidos, en su tierra y el encuentro con el amor que iluminaría su vida, Josefina Manresa. Al mismo tiempo van cuajando los poemas que irán configurando nuevas obras y un auto sacramental inspirado en sus lecturas de Calderón: «*Quién te ha visto y quién te ve y la sombra de lo que eras*» que será publicado en la revista «Cruz y Raya», que dirige José Bergamín, lo que le facilitará su segundo intento de establecerse en Madrid, cosa que ocurre en la primavera de 1934.

Una vez allí consigue un empleo tan precario como providencial, primero en las Misiones Pedagógicas y después como secretario de José María de Cossío, ejerciendo de co-redactor de la enciclopedia «Los toros». Además colabora en la Revista de Occidente de manera cada vez más asidua. Todo esto le facilita acercarse a nombres significativos del momento y logra hacerse con un círculo de relación y amistad: García Lorca, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Luis Rosales, Vicente Aleixandre, María Zambrano...

Mas el corsé de la capital le hace añorar a su tierra, a Josefina, con la que formalizará su noviazgo, a sus amigos..., por lo que vuelve cuantas veces puede. La muerte en 1935 de Ramón Sijé será un duro golpe del que brota su «*Elegía*», publicada un año después.

Mientras tanto, su poesía se va consolidando y madurando, se hace más social y manifiesta a las claras un compromiso político.

La publicación de su nuevo poemario: «*El rayo que no cesa*», le consagra como poeta y obtiene críticas muy positivas, pero el inicio de la Guerra Civil ahoga los ecos y forzará un nuevo rumbo en su vida, un destino trágico. Tomó partido por la República y se implicó generosamente, como soldado y como poeta, recorriendo la geografía española de trinchera en trinchera, a la vez que va desgranando versos en todas las ocasiones propicias. De esta época es el poemario «*Viento del pueblo*», publicado en 1937, así como las obras «*Teatro en guerra*» y «*El labrador de más aire*». Después llegará «*El hombre acecha*», publicada en 1939.

En plena guerra, en marzo de 1937, se casa con Josefina, aunque a los pocos días ha de marcharse nuevamente al frente, donde es reclamado, así como para otras actividades: asistir al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas celebrado en Madrid y Valencia, viajar a la Unión Soviética en representación del gobierno de la República...

El final de la guerra supone el inicio de su calvario personal. Es detenido por la policía portuguesa cuando intenta cruzar la frontera y entregado a la Guardia Civil, con lo que empieza una larga peregrinación, por distintas cárceles españolas: Huelva, Sevilla, Madrid, Orihuela, Palencia, Ocaña, Alicante... Este recorrido estuvo salpicado de espejismos de libertad y sobrecargado con una pena de muerte que posteriormente es conmutada por 30 años de prisión. Todo inútil, la debilidad y la enfermedad -afección pulmonar y posteriormente tuberculosis- pudieron más que sus ansias de vida.

Muere el 28 de marzo de 1942 en la prisión alicantina, con 31 años, habiendo dejado escritos sus últimos versos:

¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos:

Despedirme del sol y de los trigos!

Y sus últimas palabras:

¡Josefina, hija, qué desgraciada eres!

II.- BIBLIOGRAFÍA

Aunque ya hemos ido citando algunas de sus obras no está demás hacer una reseña breve de las mismas.

1.- «Perito en lunas»: Este fue el primer poemario, publicado en Murcia, por Ediciones La Verdad, en la Colección Sudete, en 1933, tras su intento de «conquistar» Madrid. Es el más influenciado por las lecturas de otros poetas, y el más próximo a la tierra, al paisaje, a él mismo.

2.- «El rayo que no cesa»: Publicado en Madrid en la Colección Héroe, en el 1936, supone su consagración y reconocimiento dentro del mundo cultural del momento. La pasión amorosa se plasma con gran fuerza e intensidad y en un lenguaje de extremada carga expresiva. La tragedia y la vida se conjugan y una muestra de ello es la *Elegía a la muerte de Ramón Sijé*. El inicio de la Guerra Civil truncó una mayor repercusión.

3.- «Viento del pueblo»: De sus poemarios de guerra, éste es el más apasionado

y vigoroso. Publicado en Valencia por Socorro Internacional en 1937, rezuna esperanza y optimismo, a la vez que levanta la voz contra la injusticia, la necesidad que contempla en su entorno y hace propia.

4.- «El hombre acecha»: Fue publicado a finales de 1939, aunque no podrá disponerse de él hasta mucho más tarde. En este libro, la amargura y la desesperanza ya han hecho garra en el poeta, que ve claro el final trágico de la lucha. Los instrumentos que antes eran creadores de paz y bienestar se tornan aquí garras de odio, armas de destrucción.

5.- «Cancionero y romancero de ausencias»: Es su último poemario, también publicado en 1939, y en él respira tristeza, desencanto, amargura, dolor por su mundo, su familia, él mismo. Aunque tampoco aquí falte un atisbo de esperanza.

6.- Otros poemas: Se publicaron en distintas ocasiones recopilaciones de poemas, además de las antologías posteriores.

7.- Otros:

- **«Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras»:** Este auto-sacramental fue publicado en Madrid en la Revista *Cruz y Raya*, en el año 1934. Es fruto de sus muchas lecturas calderonianas y le facilitará su llegada y establecimiento definitivo en Madrid.

- **«Los hijos de la piedra»:** Drama publicado en 1935.

- **«Teatro en guerra»:** Obra teatral publicada en 1937, en Valencia dentro de la Colección Nuestro Pueblo.

- **«El labrador de más aire»:** Obra teatral publicada en Madrid por Edifusa, en el año 1937.

- **«Pastor de la muerte»:** Drama de 1938.

III.- CONCLUSIÓN

Hay quien defiende que pocos hombres se han entregado tan apasionadamente a su creación poética como Miguel Hernández, para el que el verso no era sino la plasmación de las preocupaciones e inquietudes del ser humano. Amor, sueños, esperanza, guerra, escasez, injusticia, muerte..., son sus temas referenciales.

En cuanto a su encuadre dentro de un grupo concreto, puede ser conside-

rado, en palabras de Dámaso Alonso, el epígono de la generación del 27, aunque tradicionalmente es relacionado con la del 36.

Su poesía va desde el neobarroquismo de su primer libro, cargado de metáforas, hasta el dramatismo de los últimos poemas escritos en la cárcel en los que la pena, la tristeza, el amor a su mujer y su hijo, la presencia próxima de la muerte, la desesperación, acaparan todas sus energías. Aunque haya destellos de esperanza. En medio, la pasión de la lucha por la libertad y el compromiso político y social, pues él cree en la voluntad y capacidad transformadora del hombre.

No está de más recordar que actualmente se está luchando, desde distintos frentes, para que se revise su proceso y se logre la anulación de la condena, pues entre las causas que la motivaron se encuentran referencias tan demenciales como la de «dedicarse a actividades literarias».

Esteban Rodríguez Ruiz

EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja

de carne de cementerio.
A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.
Lo veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Miguel Hernández

COMENTARIOS DE LIBROS * COMENTARIOS DE LIBROS

**LITURGIA DE LA VOZ ABANDONADA, ENRIQUE BARRERO RODRÍGUEZ,
LOS CUADERNOS DE SANDUA, 2009**

El presente libro se compone de treinta y cinco sonetos, en los que el poeta desnuda su alma frente al Absoluto con una sinceridad y un entusiasmo dignos de un hombre que reconoce sus debilidades humanas, porque su naturaleza es de barro, y ahora no pretende otra cosa ni otra victoria que «encontrarme contigo cara a cara». Pero el poemario es algo más que un desolado y humilde reconocimiento de las culpas, sino ante todo un constante clamor, una llamada a la Misericordia divina para retomar siempre el don de la palabra que le lleva a ese diálogo íntimo con el Creador, base y esencia de la poesía mística..

En la intención del poeta se hace presente la transparencia de su palabra a través de la fuerza del amor, capaz de vencer espacio y tiempo. La imagen estética de la palabra se hace trascendencia en las cosas, en el cotidiano vivir y busca siempre remontar el vuelo hacia otras cimas: «Alúmbrame en la niebla, dime dónde/ tu voluntad confluye en mi albedrío/ que no sé al corazón ni al sueño mío/ qué lugar en el mundo corresponde»

En la memoria del poeta se sustancializa una sincera devoción, entretejida con bellos sonetos y con imágenes que evocan continuamente situaciones vividas en el pasado y en el presente mediante la contemplación amorosa de lo divino y una especie de nostalgia del pasado, pero siempre con el rescate de esa fe que despierta claridades y el amor a Dios, celebrado en todo momento con el signo de la paciencia y de la esperanza: «Porque a solas levanto, cada día, /esta oración sencilla y cotidiana; / porque sigo aguardando en la ventana/ el mismo sol que siempre se encendía...»

Enrique no se olvida en ningún momento de su pasado, de esos sueños que la propia vida nos va eclipsando o, al menos deteriorando cada día. Pero este reconocimiento viene realzado por la presencia de todas las cosas bellas que jamás se han ido de la conciencia y de la memoria. Sólo a través de la sencillez y de la humildad se podría rescatar esa inocencia del niño que aún llevamos dentro y que siempre nos está invitando al rescate de la luz por medio de ese acercamiento al amor de Dios y el abandono de toda soberbia humana: «Desnuda ya mi voz. Deja vacía/ mi boca de soberbia traicionera / . Que arroje la ambición a la escombrera/ y bendiga el fracaso cada día.»

La luz será siempre para el poeta que la busca, y Enrique lo intenta por todas partes y por todos los caminos, para vivirla con el gozo refrescante de esa palabra intensamente sentida y vivida, fuente de asombro y espiritualidad, tan alejada de cualquier rutina, puesto que sabe infundir de una manera tan bella el amor a lo divino, que es en esencia una emotiva reflexión mística y estética al mismo tiempo: «Hoy te nombro, Señor, porque te siento/ breve rayo de luz en mi jornada. /Advierto tu presencia enamorada/ detrás de cada pulso y cada aliento».

Estamos ante un libro de una profundidad y belleza admirables, que nos contagia esa necesidad interior de eternizar lo temporal mediante el acercamiento humilde y sincero a lo trascendente. En formato de bolsillo nos habla directamente al corazón para elevarnos después a la Eminencia de la Altura.

Luis García Pérez

COMENTARIOS DE LIBROS * COMENTARIOS DE LIBROS

**ESCRITO EN TIERRA, DE FRANCISCO MENA CANTERO,
EDICIONES VITRUVIO, COLECCIÓN BAÑOS DEL CARMEN, 2009**

Escrito en tierra es un libro que canta al despertar universal de la naturaleza al tomar el autor posesión de la palabra, con la aproximación innata del pensamiento hasta rozar las parcelas del espíritu donde habita la poesía y las palabras se cargan.

de significados en un verdadero abanico semántico de resonancias. Con la evocación de las diversas formas de la naturaleza contemplada surge el mensaje que es válido para todo ser humano, superando progresivamente todo lo material hasta llegar a la misma espiritualidad. Por eso nos dice: «*En este sitio amor se enciende. Una manera/ de sentir lo infinito.*»

De la evocación de la naturaleza y su contemplación surgen esas bellas imágenes que vienen a decirnos muchas cosas sin necesidad de la vana retórica, pues las palabras se cargan de esencialidad, logrando una extraordinaria lucidez estética y transparencia espiritual componente del alma de todo poeta que se precie de serlo. Esa contemplación de la naturaleza es para Mena Cantero una necesidad de comunicación desde esa quietud que insiste sobre los mismos temas con diversos matices y ahondar en la naturaleza de la propia vida: «*Esta vida del pájaro y la flor/ como si no acabara nunca/ la creación del mundo*» El campo, el amanecer, el árbol, el pájaro, la siembra... se convierten en símbolos de esa ofrenda de todo lo creado a través de la palabra que es la diferencia del hombre con los demás seres.

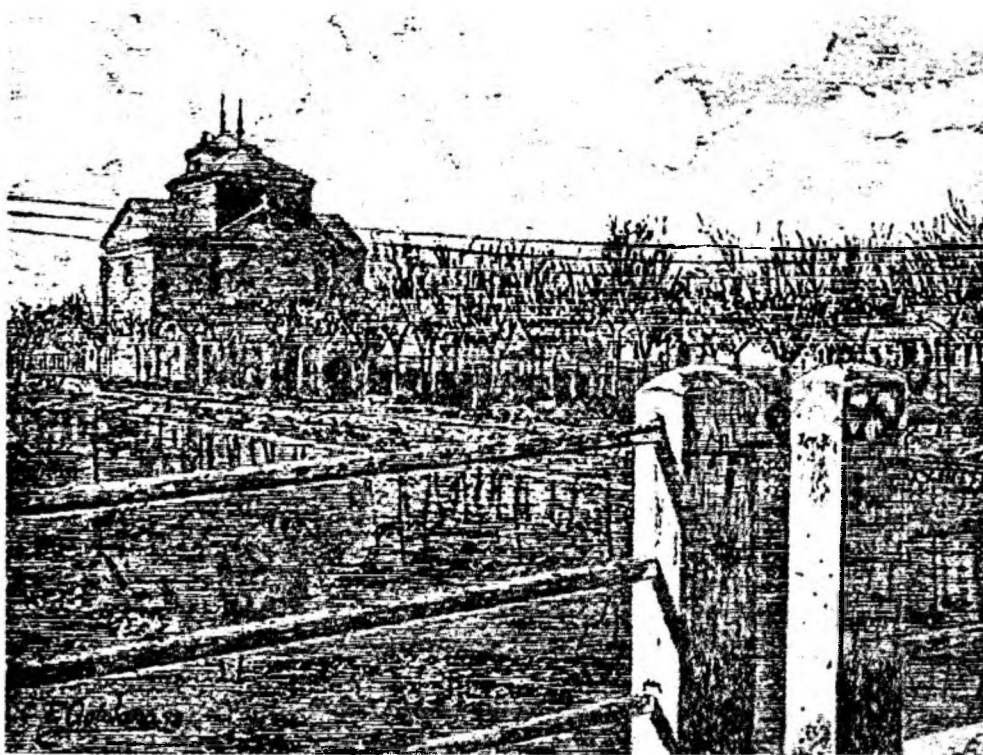
La segunda parte del libro se vuelve más nostálgica y social con una meditación sobre

el sentido de la vida, pero siempre desde esa quietud y transparencia que preside todo el libro: ... «*Ahora que vuelvo/ de navegar el mar de la ciudad/ oigo una voz que solicita auxilio. / Nostalgia de este aire, calles,/ cuerpos que amé/ como el vivir anhela el moribundo*». La nostalgia se convierte ahora en una especie de naufragio a la orilla del tiempo que nos sumerge en la soledad en contraposición a aquel fervor de la infancia.

La poesía de *Escrito en tierra* viene a ser como un árbol que en cada rama nos ofrece una visión de la vida y bajo el cual viene a refugiarse el poeta que amplía estéticamente la sombra que lo cobija. Es una poesía sobria y estética, como debe ser la poesía. Los poemas tienen la claridad de la luz que enfocada desde diversos puntos nos da esa claridad esa perspectiva esencial que no podemos en modo alguno considerar como simplicidad, porque siempre trata de emocionar, llegar al alma del lector que en su mente puede completar el poema, pues siempre se ha dicho que todo poema es incompleto si no existe detrás un lector.

En la explicación del mundo y en este autoconocimiento del yo poético reside la armonía de este bello libro que una vez más nos entrega Mena Cantero, en el que se ha desprendido de algunos elementos del ritmo, pero que logra admirablemente en los periodos rítmicos del verso que vuelve sobre sí mismo de una manera admirable en lo rítmico y en lo poético: «*Irreparable es lo que el hombre/ desprecia, mar oscurecido, / tiempo de sombra, no silencio/ sereno...*»

Luis García Pérez



Consuegra

ACTIVIDADES DEL GRUPO LITERARIO GUADIANA

19-04-10: En la Casa de Cultura de Valdepeñas, Esteban Rodríguez, Presen Pérez y José M^a González Ortega, miembros del Grupo, realizaron un acto de homenaje a Miguel Hernández, con motivo del centenario del nacimiento del poeta, consistente en una conferencia y la recitación de sus poemas más significativos.

23-04-10: Como todos los años, desde que se fundara el Grupo, hicimos un homenaje a Cervantes en el Día del Libro. Dicho homenaje consistió en depositar una corona de laurel a los pies de la escultura que hay en la Plaza de Cervantes, de Ciudad Real, y en la lectura de varios pasajes del «Quijote».

En ese mismo día, se repitió el homenaje a Miguel Hernández por los poetas y escritores anteriormente citados, esta vez en el Teatro Municipal de Pedro Muñoz.

24-04-10: En la Casa de Cultura de Membrilla se repitió el homenaje a Miguel Hernández por los poetas y escritores anteriormente citados.

7-05-10: En el Museo «López Villaseñor», de Ciudad Real, hicimos la presentación del n^o 40 de la Revista «Manxa» (2^a época). La afluencia de público fue numerosa. También se presentó en monográfico que acompaña a la Revista. En este caso el libro de relatos titulado: «El Cristo de Salomón y otras historias», del reconocido poeta y escritor ciudadrealeño Francisco Mena Cantero, uno de los miembros más antiguos del Grupo, con residencia actual en Sevilla. En dicha Revista, ilustrada por la pintora y poeta Francisca García Camacho, se hace un homenaje póstumo a José González Lara, uno de los fundadores del Grupo Literario y director del mismo desde 1.994 a 1.999.

8-05-10: En la IV edición del encuentro poético «Mayo de versos», que se realiza en Piedrabuena bajo los auspicios de los poetas Nicolás del Hierro y Francisco Caro, intervinieron Juana Pinés, Presen Pérez y José María González. Los dos últimos como homenaje a Miguel Hernández.

11-05-10: En el Museo de la Merced, de Ciudad Real, ante un numeroso público que llenó el claustro, los miembros del Grupo Esteban Rodríguez, Presen Pérez y José María González repitieron el homenaje a Miguel Hernández, ya citado anteriormente. Asistió la Delegada de Educación, Cultura y Turismo, Valle Fuentes.

23-05-10: Invitados por el Ayuntamiento de Villamanrique, con motivo de la clausura de las VII Jornadas Manriqueñas, el Grupo realizó un recital de poesía ante el numeroso público que llenó el Salón de Actos del Ayuntamiento. En un recital aparte intervinieron los poetas solaneros Luis Díaz-Cacho y Luis Romero de Ávila.

25-06-10: Invitada por el Grupo «Guadiana», la poeta Julia Rivero López-Serrano hizo un recital de poesía en el Museo «López Villaseñor», de Ciudad Real. Julita Rivero fue una de las iniciadoras del anda poético de nuestro Grupo. Es de Ciudad Real y vive, desde hace años, en Murcia. Hizo un repaso de su poesía con el amor como protagonista. Presentó el acto nuestra compañera Juana Pinés, gran amiga de Julita Rivero.

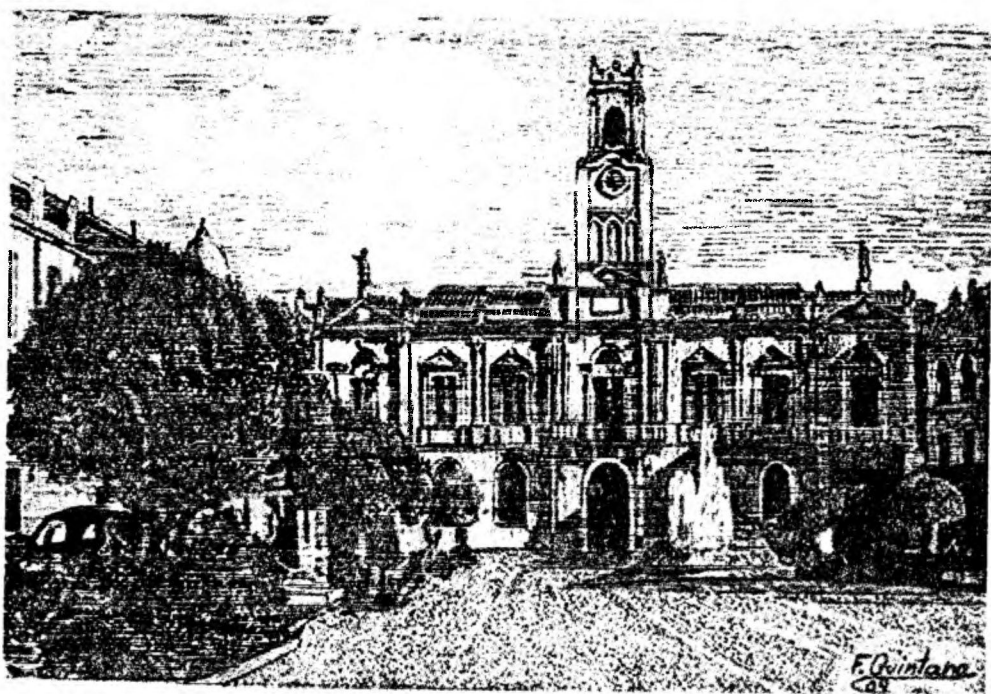
3-07-10: Nuestro compañero Jerónimo Anaya fue elegido vicepresidente del Instituto de Estudios Manchegos. Creemos que es un reconocimiento a su labor como investigador de la cultura manchega.

20-07-10: El patio de la Alhóndiga, de Villanueva de los Infantes, fue el escenario elegido por la Orden Literaria «Francisco de Quevedo» –que dirige el poeta infanteño Juan José Guardia Polaino- para realizar el II Encuentro «Mujer y Poesía». Intervinieron las poetas Isabel Villalta, M^a José Maeso, Natividad Cepeda y las compañeras del Grupo Davina-Sofía Pazos y Juana Pinés. Una excelente velada poética que fue seguida por un nutrido y fiel auditorio.

22-07-10: En esta fecha nuestro compañero Santiago Romero de Ávila fue nombrado «Hijo Predilecto» de La Solana, su pueblo natal. El acto tuvo lugar en el Teatro «Tomás Barrera» de la localidad y Santiago estuvo acompañado por numerosos amigos y familiares.

26-08-10: En el VIII encuentro poético «Villa de Santa Cruz de Mudela» que organiza la Asociación «Viento Solano» de la localidad, con el asesoramiento literario de Eugenio Arce Lérida, intervinieron los poetas Nicolás del Hierro, José Luís Morales y nuestra compañera Davina-Sofía Pazos.

Como siempre, fue un éxito de público. El acto estuvo amenizado por la flauta travesera de Libertad Arce de Lamo, profesora del Conservatorio de Córdoba.



Plaza Mayor de Ciudad Real

UN DIBUJANTE EN MANXA

FRANCISCO QUINTANA VINUESA

Dibujante de plumilla y pirograbados, nació en Ciudad Real y cursó estudios de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad, siendo su profesor el pintor y escultor D. Alfredo Calatayud Saúco.

Ha realizado varias exposiciones individuales y colectivas, todas ellas dentro de la provincia de Ciudad Real. Destacamos:

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1994.- Sala de Exposiciones del Ayuntamiento de Ciudad Real.
- 1997.- Sala de Exposiciones del Hospital de San Juan de Almagro (Ciudad Real).
- 1997.- Hall de la Estación del AVE de Ciudad Real.
- 2003.- Sala de Exposiciones del Ayuntamiento de Ciudad Real.

EXPOSICIONES COLECTIVAS

- 1970.- Sala de Exposiciones de la Escuela de Artes y Oficios de Ciudad Real.
- 1988.- Sala de Exposiciones de la Caja Madrid de Ciudad Real.

PREMIOS

Ha recibido varios premios, destacando entre ellos un Primer Premio Provincial de Dibujo (1969) y un Tercero Nacional en la misma especialidad (1969), además de los que se relacionan:

- 1987.- Primer Premio de Plumilla dotado por la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha en el día de las F.A.S.
- 1987.- Segundo Premio de Plumilla dotado por la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha en el día de las F.A.S.
- 1991.- Segundo Premio de Dibujo en el XXV Aniversario de las F.A.M.E.T.

MANXA
REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA

Rogamos a nuestros suscriptores que abonen la cuota (10 euros) correspondiente al año 2010

D.....

C/.....

Ciudad.....

Provincia.....

C.P.....

País.....

Se suscribe por un año a *Manxa*, a partir del número

FORMA DE PAGO

Transferencia a *MANXA*
Caja Castilla – La Mancha
2105-0211-18-0142010399

Giro Postal al Grupo Literario Guadiana.
Apartado de Correos, 457. Ciudad Real.

Fdo.:_____

Contenido de este número

POESÍA

Jerónimo Anaya Flores
Eugenio Arce Lérica
Natividad Cepeda
Luis García Pérez
José María González Ortega
Antonia Jiménez
Manuel Mejía Sánchez Cambronerero
María Luisa Menchón
María Jesús Morcno Beteta
Restituto Núñez Cobos
Presentación Pérez
Elizabeth Porrero Vozmediano
Diana Rodrigo Ruiz
Santiago Romero de Ávila
Míriam Ruiz Polo
David de la Sierra-Llamazares Cejuela
Rafael Simarro Sánchez

NARRATIVA

José Agustín Blanco Redondo
Ana María Cabezas
Ramón Gallego Gil

POETA DEL GRUPO GUADIANA

Guadalupe Herrera Rodríguez

HOMENAJE A:

Juan Ignacio Morales Bonilla

**HOMENAJE A MIGUEL HERNÁNDEZ
EN SU CENTENARIO**

Esteban Rodríguez Ruiz

COMENTARIOS DE LIBROS

Luis García Pérez

ACTIVIDADES DEL GRUPO L. G.

**ILUSTRACIONES
DE PORTADA E INTERIORES**

Francisco Quintana Vinuesa

